

C A R A Y C R U Z

Por IGNACIO AGUSTI

sobre la propina

ESTE asunto de la propina es uno de los pocos que no hemos conseguido jamás resolver a nuestra satisfacción en los muchos años que llevamos frecuentando el mundo, ese primer enemigo del alma, según los cánones. ¿Debemos dar propina o debemos empezar a negársela a los que nos sirven? ¿En qué cantidad debemos dar la propina? ¿Estarán bien esas tres monedas que dejamos al término de un servicio o serán «poco»? ¿En qué proporción offendemos al camarero si le damos lo justo? En definitiva: no nos gusta pasar por ddivosos y pródigos y nos gusta todavía menos pasar por tacaños. En este aspecto, como en otros muchos, quisiéramos no disentir, hacer lo que aproximadamente hacen los demás. La propina es, pues, más que nada, una cuestión de amor propio y una cuestión de respeto humano. Nos agrada que en el momento de alargar la mano con la dádiva el camarero nos considerara seres normales, ni mejores ni peores que los demás. Si en un momento se pusiera de moda no dar propina nosotros nos instalaríamos alegremente en el carro de los tacaños. Si la cuantía de la propina se extendiera y ampliara, la ampliaríamos como los primeros. No hay nada tan fluctuante, impreciso y, en el fondo, impersonal, como esta cuestión de la propina.

Los camareros tienen por lo visto un esquema personal bastante claro sobre los elementos propinófilos y los elementos propinófilos. Entre éstos parece que los italianos —de entre los ciudadanos europeos— son los que tienen mayor fama de agrazados a la hora del suplemento. Es posible que en la tasación influya el contraste que existe entre la vistosidad exterior de los italianos —«foulards» de seda y cabellera tirante— y lo escaso o nulo de sus gratificaciones. Los franceses, en cambio, son conceptuados por los camareros como excelentes clientes. Una partida de franceses de buen tenedor no es reacia a la comprensión de que el camarero es un buen aliado y que hay que premiarle. Tampoco los ingleses son malos, según parece. Aunque muy meticulosos con sus gastos, prefieren no dejar en mal lugar al país del que provienen y del que se sienten, en aquel momento, teóricos representantes ante el camarero, por lo que se acomodan con docilidad a la costumbre del país que visitan. De los alemanes no se puede hablar mucho en este sentido. Los alemanes —lo corriente del turismo alemán— son gente que no gasta y que, por tanto, no da propinas.

Nosotros, los españoles, somos del género partidario de dar propinas. Tal vez sea una costumbre demasiado arraigada esa de favorecer con un plus al camarero, a pesar de que en la nota esté incluido el tanto por ciento correspondiente. Nos parece que esta cifra, con ser crecida, no basta. Aquel «plus» está inscrito con cifras sobre la nota, pero siempre nos escama el destino incierto del dinero que no va de mano en mano. La propina personal pone una rúbrica directa sobre la contabilidad. Esas monedas por las que el camarero nos da expresivamente las gracias al final, y acude a retirar nuestra silla cuando nos incorporamos, contribuyen a nuestra buena digestión, equivalen al plebeyo «buen provecho» de las fondas de antaño. Caso de que sólo diéramos lo del papel, porque así estaba marcado, también el camarero podría darnos las gracias en una octavilla. No; nosotros necesitamos de su voz y de su sonrisa, y por ello

añadimos a lo que está ya marcado lo que sólo depende de nuestra libérrima e individual prodigalidad.

La propina es para el que la da un suplemento gratuito del alma individual y un añadido generoso de sociabilidad y decoro, una explosión espontánea de libertad sin estruendo. Por ello, la propina obligatoria, o lo que se llama «servicio» es algo que en cierto modo damos en contubernio con los gastos generales del establecimiento, y por cuenta de es-

los trajes que llevamos

Hay un momento dramático en la confección de la moda masculina. Es aquel en que el sastre, después de haber adaptado como una lámina sobre nuestras hechuras la tela impoluta, dócil y flexible a los dedos del artífice, de golpe, con la punta de la tijera, socava un instante en la hombrera, tira de un hilo y arranca violentamente la composición, que ya parecía definitiva, de la veste. Momento dramático que nos da la pauta del quehacer humano, apto para rehacer sobre lo deshecho, inclinado a la reconstrucción constante sobre las ruinas. Verdaderamente, este momento crucial de la confección de nuestros trajes nos invita a meditar profundamente sobre los avatares de nuestra condición humana.

Aquello que hace el sastre en aquel momento es, por lo visto, lo que deben hacer todos los buenos artistas de la moda masculina, y no resulta en menoscabo de su aptitud profesional; al contrario. Aquello que el sastre hace es una labor de reajuste, de adaptación de la tela; es precisamente el toque genial por el que luego se distinguirá al verdadero creador de la ropa de vestir del mero artesano. En aquella brusca arremetida sobre la hombrera por la cual nosotros resultamos, de pronto, otra vez unos mendigos frente al espejo —para lección de nuestra opulencia y de nuestra vanidad— radica el secreto de la relativa esbeltez que posiblemente presentaremos después. Aquello es algo como la revancha del descamisado, la ironía del réprobo, que por un instante asoma en el espejo para hacernos ver durante unos instantes a nosotros mismos, desvestidos y harapientos, cuando ya creíamos estar en las llanuras de nuestro empaque social.

Yo le he preguntado al sastre esta tarde, momentos después de que perpetrara la genial gamberrada de la hombrera, que por qué no se podía prescindir de ese golpe de tijera y del tirón; y me ha contestado que ello equivaldría a eliminar totalmente la prueba de los trajes y entrar resueltamente en el terreno de la confección en serie. «Hay

En la teoría del buen restaurador, éste debería servirnos, incluyendo en el precio de la comida o de la cena, todos los gastos que tiene que afrontar, desde el carbón a la mujer de los lavabos. Así nos dejaría a nosotros un margen para la propina sin disimulos, devuelta a su condición pristina de gratificación espontánea y particular, por lo acertadamente que hemos sido servidos. Quisiéramos poder dar la propina por la razón que la inventó, es decir: porque nos da la gana.

algo —me ha dicho— que todavía nos aleja de la simple cifra aritmética en que vamos cayendo en todos los órdenes de la vida. Un traje hecho sobre el modelo es algo parecido a la escultura. Nosotros, en realidad, somos casi escultores. Los modelos de confección en serie son los vaciados en yeso, que pierden la gracia y el fulgor de la escultura original. No es lo mismo —me ha añadido— un Velázquez que una copia de Velázquez.

No necesitaba mucho el sastre para convencerme. En realidad, lo que llevamos puesto —por modesto que sea— es un signo distintivo de todos nosotros. No es preciso ser un aspirante a Brummel para advertir el portento de personalidad que nos adjudica la ropa que vestimos. Nos produce todavía una cierta satisfacción observar que, entre variados elementos de la civilización occidental, seamos nosotros, los españoles, los más abnegados en conservar, no sólo la línea, sino todo el porte exterior, mediante una honrada y sobria dignidad del atuendo. Las turbas de barbudos que, después de la guerra, y aun ahora, pasean por determinados barrios de Europa con falsos andrajos, reinventados a veces con telas costosísimas, no alterarán los principios de la norma clásica, según la cual, el hábito ha hecho siempre al monje.

La fidelidad a unas líneas someras de la moda masculina, sólo alteradas en imperceptibles matices al correr de los años, proporciona al hombre un placer del que la mujer en cambio, se pierde el sabor agri dulce y agradable. Ese placer nosotros lo hemos experimentado varias veces y es el siguiente: ver envejecer lentamente, como si en lugar de nuestra ropa fuera nuestra piel, los trajes que llevamos. Algunos de ellos llevan la impronta de sucesos tristes; otros, indistintamente, nos han acompañado en algazaras y en hundimientos. De todo conservan recuerdo los vestidos que llevamos. Y así será, si Dios quiere, hasta que uno de ellos, no sabemos cuál, nos sirva, inesperada o esperadamente, de mortaja. Hay uno de ellos que se irá con nosotros.

"divertimento" Un célebre mundano de fin de siglo, a quien una vida de esas que hemos quedado en llamar disipadas había quebrado la fortuna, continuaba, sin embargo, definiendo con su porte las trazas de la moda masculina de su tiempo. No importa el nombre; el suceso ocurrió en Madrid.

Ese caballero pasaba por constantes alternativas financieras, por lo cual tenía ya sus propios alibí, que constituían su estrategia y —quizá— su «divertimento». Cuando se hallaba apurado recurría a las casas de préstamos y a las almonedas.

En cierta ocasión, como otras veces, llevó a empuñar su chaqué, que era de confección primorosa. Lo había cortado «Paul», la célebre tijera de Londres, sastre de Su Majestad Británica. Entre tanto, murió el dueño de la casa de empeños, que era muy amigo suyo y, como cumplido señor, nuestro hombre fue a dar su pésame a la viuda. En la casa le invitaron a entrar en la habitación donde estaba el cadáver de cuerpo presente. Se arrodilló, empezó a rezar, mas de pronto, salió de su abstracción, como un rayo: «¡Caramba!, dijo —o algo así—. Le han puesto mi chaqué de Paul...»